

Prólogo

Los temas del coronavirus

Víctor Orozco



La pandemia y sus efectos han dado lugar a plantear y replantear una gran cantidad de temas que tocan aspectos vitales de nuestra existencia individual y colectiva. La sola enunciación de ellos ocuparía páginas enteras. En este prólogo al dossier de Cuadernos Fronterizos, atiendo a unos pocos, todos abordados en la gran cantidad de artículos breves que lo comprenden. Ignoramos cuantos tópicos se agreguen en el futuro, pero sí estamos seguros, no obstante, la incertidumbre sobre el tiempo en que concluirá esta infausta etapa, que cada uno será materia de investigaciones, meditaciones, acciones, de filósofos, científicos, gobernantes, educadores por largos años o incluso siglos. Veamos:



Ciencia, religión, naturaleza

Las catástrofes o aquello que los humanos asumimos como tales, aunque no sean otra cosa que acontecimientos naturales en el universo, han representado a lo largo de la historia un desafío para la razón y el entendimiento. En su ignorancia y desamparo, frente al descomunal poder comparado con el suyo, los hombres han acudido siempre al mito y a la fe en un ser superior colocado por encima de los fenómenos y capaz no solo de controlarlos, sino de anularlos. Es famoso el poema de Voltaire sobre el terremoto que arrasó la ciudad de Lisboa en 1755. En el mismo arremete contra la idea, prevaleciente entonces y viva todavía, de que los grandes males —en el caso de Lisboa, la devastación y la muerte quizá de 50,000 personas— responden a una decisión divina, acaso motivada por el pecado y como consecuencia, constituyen un castigo o pena. La polémica abierta por el escritor francés no se apaga aún y se renueva en estos tiempos.

“Dios lo quiso o Dios pone y Dios quita” son explicaciones populares siempre listas contra las cuales no hay apelación alguna. Sin embargo, en todas las casas convertidas en reclusorios, se cuestiona y se debate sobre el porqué de la pandemia aparecida hace unos meses y que ha provocado tantas muertes y tantos desastres. ¿por qué Dios querría causar tanto mal? ¿O este mal en realidad no existe y todo está bien a los ojos de la divinidad? Las preguntas son interminables y apenas se intenta dar respuesta a una aparece la otra: ¿Por qué Dios no envía la cura? Pero antes, ¿Por qué envió la enfermedad? En una abierta contradicción, casi inadvertida, se extienden las cadenas con rogativas invocando la ayuda

divina, al tiempo que se depositan las esperanzas en los afanes de la ciencia dirigidos a encontrar la anhelada vacuna.

Se especula de la misma manera sobre la naturaleza y el hombre. Este es parte de aquella, pero en una larga carrera, ha logrado cobrar autonomía, manifiesta en diversos ámbitos. Puede alterar el curso de las enfermedades o cambios en su organismo producidos por agentes externos, por ejemplo. Sin embargo, ¿hasta dónde llega tal autonomía? Al final, nos encontramos con una insuperable realidad: los lazos que nos unen al resto de los seres vivos o inertes son indestructibles, en tanto formamos parte de la totalidad. De esta suerte, el virus que ha originado a la pandemia, para la naturaleza es igual al hombre que se ha elevado por encima del resto. Pudimos llegar a la luna, aprendimos a disfrutar la belleza de una puesta de sol o de una sinfonía, pero seguimos tan atados al conjunto como lo está el ahora famoso virus. Encadenados a nuestro ser natural, queda la vieja enseñanza aludida por Tito Lucrecio Caro hace más de dos milenios: “Luego ningunos cuerpos se aniquilan; pues la naturaleza los rehace, y con la muerte de unos otro engendra”.

En esta vertiente del pensamiento, la hipótesis de una voluntad rectora de los procesos naturales ya provenga de un Dios único o de varios de ellos, es descartada. Por consecuencia, nadie ordena la marcha de las pandemias ni tampoco el alto, con el propósito de castigar o de premiar. El célebre virus brotará apenas encuentre condiciones para ello y su multiplicación concluirá cuando agentes enemigos lo eliminen o le impidan surgir, así como la ciencia acabó por hacerlo con el productor de la viruela, cobrador de infinidad de víctimas a lo largo de la historia.



La economía

Las sociedades han sido atrapadas por la pandemia entre la espada y la pared: hasta hoy no han encontrado mejor manera de enfrentar a la enfermedad que esquivando al virus de donde brota, práctica conocida desde hace milenios. Este hecho, ha llevado al confinamiento —en su más amplia acepción— de millones de individuos en sus casas. Pero, el remedio quizá resulte peor que la enfermedad, pues tiende a colapsar la economía, dejando sin trabajo a otros tantos millones de individuos, interrumpiendo o debilitando las cadenas productivas. En este dilema, ningún gobierno o administración ha acertado en tomar las mejores medidas. Hubo los que se negaron inicialmente a conceder importancia a la pandemia y no suspendieron actividades. Otros lo hicieron a medias y a regañadientes. Luego dieron marcha atrás cuando las muertes crecieron exponencialmente. Nuevamente permitieron la activación económica y de vuelta para atrás a su clausura. Este ir y venir, no parece tener punto final y da la impresión de que estamos como al principio: dando palos de ciego.

Ligado al tema económico, se encuentra el de la división clasista de las colectividades. La guadaña de la pandemia no siega por igual: lo hace primero con los más desposeídos de bienes materiales, con aquellos que, privados de un ingreso regular y asegurado, deben salir a trabajar corriendo todos los riesgos, con los que carecen de las mínimas condiciones para encerrarse, residentes en minúsculas habitaciones y así por el estilo. En sociedades en las cuales la separación de clases sociales sigue las líneas del color de la piel, es manifiesta esta diferencia. En Estados Unidos, el país donde todo



se mide, la enfermedad ha afectado a 23 blancos por cada 10,000, a 62 negros y a 73 latinos.

Quienes pugnan por reanudar a toda su capacidad las diversas actividades económicas, han acudido a una máxima despiadada y pragmática: que se mueran los que se tienen que morir. La simplista y darwiniana propuesta, luego resulta disfuncional, porque la velocidad con la cual avanzan las muertes sobrepasa la capacidad de reponer a los caídos, más aún a los dueños de calificaciones específicas en cada campo: la salud, la alta tecnología, la producción industrial, etcétera. Esto sucede, porque aun cuando es sabido que el famoso virus ataca a los organismos más vulnerables: ancianos y pacientes de enfermedades previas, de ninguna manera se detiene allí, sino que también hace su agosto allí donde encuentra individuos agrupados en pequeñas o grandes concurrencias, estén sanos o enfermos, sean jóvenes o viejos.

La información

Este es uno de los temas del coronavirus, con mayor notoriedad y espectacularidad. Ni siquiera en la fantasía de hace tan poco tiempo como un siglo, alguien pudo prever a los medios de comunicación del presente. En tiempo real, desde cualquier sitio, cualquier persona puede enterarse de los acontecimientos, de relevancia o insignificantes. De manera similar, acceder a los análisis, reflexiones o investigaciones generadas en todo el orbe. Esto ha dado lugar a una sociedad súper enterada, receptora de millones de datos y piezas cada segundo.

Otra de las vertientes de este acontecer es la posibilidad que cualquiera tiene para difundir todo aquello que se le venga en mente y en gana. Una paradoja resultante es que la



desinformación empareja a la información. En esta tesitura, sobre la pandemia se han generado un sinnúmero de versiones y de opiniones pasadas por hechos reales. Hay desde aquellos que ponen una lupa en el número de muertes o insuficiencia de los servicios médicos, para magnificar la calamidad, hasta quienes niegan la existencia del famoso virus y de la enfermedad.

También, noticias falsas, las famosas *fake news* saturan las pantallas y obnubilan el juicio hasta de los más despiertos, provocando a la vez la desconfianza, el pánico e incluso agresiones a la vida de las personas. Siempre han existido periodistas, comunicadores en general vinculados a intereses políticos o sectarios de alguna ideología, especializados en difundir patrañas y embustes de todo tipo. Sin embargo, nunca como ahora han proliferado a la manera de una peste, infestando las redes sociales y desde allí, conversaciones y relaciones en círculos familiares, laborales o políticos. De allí la crucial importancia que ahora reviste la habilidad o aptitud para separar la paja de grano, la mentira de la verdad.

Una de las oportunidades derivadas de este cúmulo de noticias al alcance de la mano, es la ocasión para comparar países, regiones, políticas públicas, medidas operativas contra la enfermedad. En todas las sociedades donde la información circula libremente, se han enderezado críticas acres a los gobiernos, obligados a llevar al cabo el sinnúmero de acciones tendientes a controlar la enfermedad, a proporcionar atención a los enfermos y prevenir los contagios. Desde luego, el reparto de censuras y vapuleos no ha sido uniforme, pero nadie con responsabilidades oficiales ha escapado, más aún en donde han sido mayores los estragos.



Los viejos

La pandemia se ha cebado en personas mayores de setenta años. Esto ha provocado un gran debate sobre la suerte y el destino de estas personas. Se ha sabido que, ante la insuficiencia de respiradores artificiales, se ha optado por salvar a las vidas de jóvenes y sacrificar a los viejos, incluso cuando ya estaban conectados al artefacto. La pandemia ha tenido como uno de sus corolarios el retorno de los grupos humanos a sus fases más primitivas, antes aún de que la vida de sus integrantes tuviera otro valor o consideración distintos a lo puramente físico. Como sucede en el mundo animal no humano, en estas largas y oscuras etapas de la evolución sobrevivían y debían sobrevivir los individuos mejor dotados corporalmente.

En esta regresión, los argumentos desacordes son múltiples. Por definición se piensa que la existencia de un joven es más valiosa que la de un viejo. Pero, ¿siempre es eso cierto? ¿Qué si estamos ante un septuagenario u octogenario con sobrada vitalidad para seguir produciendo ideas, ciencia, arte, bienes materiales, iniciativas, frente a un joven con escasas probabilidades de aportar algo valioso a sus semejantes? ¿Cómo discernir el valor de una vida para optar por salvar otra? ¿Se tasan las vidas por la edad?

En países europeos con alta densidad de ancianos, se ha acusado a los gobiernos de dejarlos morir en albergues, casas de retiro y asilos. Se ha sacudido así la conciencia colectiva y los fundamentos mismos de la civilización, la salvaguardia de la vida humana, el principal de ellos. Una aguda crítica extendida en España, ha dicho que el país ha sacrificado a la generación que lo transformó para bien, superando



la noche larga de la dictadura. Quienes han cuestionado la política de abandono hacia los viejos, resaltan el egoísmo, la ingratitud y la mezquindad como suplantadores de la solidaridad, la generosidad y la lealtad.

El tópico de la ancianidad lleva a muchos otros, entre ellos el del sentido de la vida. Con la muerte asechando, un gran número de reclusos se han reformulado las preguntas varias veces milenarias: ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Tiene realmente alguno? Por supuesto, las respuestas son diversas y heterogéneas. Unas están marcadas por el fervor religioso con su consecuente rotundidad y ausencia de dudas, mientras que a otras las persigue una incesante búsqueda de verdades y una germinación permanente de nuevos cuestionamientos.

En estas cavilaciones se ofrecen otras laderas. ¿Qué necesitamos en la vida cotidiana? Hay quienes, después de cien días de encierro, se han percatado que precisan más de los libros, la música, las películas, las caminatas, las labores manuales que, de los autos, los aviones, los *malls*, los grandes espectáculos.

Es posible, sobre todo en quienes le han dedicado tiempo a estas densas reflexiones, experimenten cambios en sus vidas, priorizando ciertos objetivos y desechando otros. De allí la inquietud sobre el futuro pospandemia: ¿Habremos cambiado? o mejor, ¿cuánto habremos cambiado?

La educación y el trabajo en casa

Al menos en dos esferas de la vida, colectiva e individual, la pandemia ha originado ya mutaciones que parecen irreversibles. El primer espacio es el de la educación. El virus ha expulsado de los recintos escolares a maestros y estudiantes, mandándolos a sus casas. De igual manera, han salido

de los laboratorios y centros de indagación quienes tienen como ocupación profesional la investigación científica. En todas aquellas áreas en donde es posible la sustitución, las clases en línea, así como el uso de los acervos documentales depositados en los almacenes electrónicos, han sustituido a las actividades presenciales. En la milenaria historia de las pandemias, este hecho, junto con el llamado *home office*, constituye la gran novedad. Ambos eran ya conocidos y practicados desde luego, pero nunca habían comprendido a tan gigantescas masas de personas, extendidas por todo el orbe. Tampoco habían abarcado a una gama de labores tan compleja y diversificada. Es obvio que una gran cantidad de ocupaciones y tareas solo pueden ejecutarse en grupo y con la presencia física de los individuos, sin embargo, ¿qué sucederá con aquellas que no la demandan y que suman cada vez más? Las consecuencias de esta realidad son imprevisibles y desafían a la imaginación y aún a la fantasía. ¿Será que estamos asomándonos a un mañana en el cual el hombre habrá perdido o menoscabado sustancialmente su condición de animal gregario?

Una dosis de optimismo

Cuando la mente es comprimida al máximo por apremios venidos de diversas fuentes: una guerra, una amenaza inminente, una pandemia, parecería que las neuronas aceleran al máximo su movimiento y ponen en acto su mayor potencialidad. Se trata de un fenómeno registrado desde siempre y de diversas maneras en la literatura, en la historia, en las bitácoras de los científicos. Sus efectos se pueden advertir en la infinidad de descubrimientos y creaciones surgidos en tales tesituras. Con seguridad esta y las venideras generaciones se-



rán testigos y protagonistas de los hallazgos deslumbrantes generados a raíz del agobio al que la pandemia del coronavirus ha sometido a la humanidad. Al final, como dice el antiguo refrán castellano: “No hay mal que por bien no venga”.

